

## Una lección de Descartes

**E**l visitante había llegado a Estocolmo los primeros días de enero del invierno de 1650 con el propósito de entrevistarse con la reina Cristina. Con las cartas que le había dado un conocido suyo y amigo personal de la reina, el embajador de España ante el reino de Dinamarca Bernardino de Rebolledo, con el que había establecido relación unos años antes en Madrid en el estreno de la pieza de Calderón de la Barca *La vida es sueño*, se presentó a sus despachos en el palacio real situado a las orillas del mar en el corazón de la ciudad. Después de una larga espera, sentado en un salón sobriamente decorado, la secretaria lo hizo pasar. Allí estaba sentada con su figura seria y sobria a pesar de su juventud, sin mayor belleza y con su larga cabellera rubia discretamente peinada, su nariz grande y sus intensos ojos azules. Al ver entrar al visitante lo saludó con seca amabilidad y le dijo en perfecto español: “Así que Ud. conoce a mi querido amigo el conde de Rebolledo. Recibirlo a Ud. es una obligación hacia él. La carta de presentación, sin embargo, no me especifica el motivo que ha tenido para venir hasta acá”. Le contestó diciendo que deseaba que le permitiera asistir a una lección de las que todas las mañanas muy temprano recibía del filósofo René Descartes. Después de meditar un poco, la reina explicó que se trataba de lecciones privadas que había contratado hacía algunos meses. Sin dejar que continuara, el visitante dijo que su propósito era transcribirlas para que las generaciones posteriores pudieran conocer su conte-

nido. Al oír esto la reina se levantó de su silla y comenzó a pasearse lentamente por el salón. Después de un rato dijo: “Tiene Ud. razón. Esté mañana en el salón de la biblioteca que mi secretaria al salir le indicará, a la 5 de la mañana en punto, hora en que comenzará la lección”.

Al otro día llegó unos minutos antes de la hora prevista a la biblioteca del palacio donde se celebraban las lecciones. La reina Cristina ya estaba allí sentada en su escritorio de madera sobriamente tallado y repleto de manuscritos; lo saludó con la misma seca amabilidad del día anterior y le indicó el lugar donde debía sentarse. La habitación bien iluminada por varios candelabros adecuadamente repartidos lo invitó a contemplarla mientras preparaba el cuaderno de notas: casi todas las paredes estaban forradas de estantes llenos de libros entre los que se encontraban *La Summa teológica* de Santo Tomás de Aquino, *La ciudad de Dios* de San Agustín, *La divina Comedia* de Dante, *Las vidas Paralelas* de Plutarco, *Los discursos a Tito Livio* de Maquiavelo, *La astronomía como nueva física celeste* de Kepler; y en los escasos espacios libres que quedaban sobresalían las pinturas de *Tomás dudando* de Caravaggio, *El joven inglés* de Tiziano y *Las bodas de Canaán* de Correggio, con lo que el lugar adquiría una atmósfera renacentista cargada de luz, color y belleza. En ese momento la secretaria de la reina irrumpió en el salón y anunció la llegada del filósofo. Inmediatamente después entró Descartes; era un hombre de mediana estatura, de figura pálida de ojos marrones grandes y de largo cabello negro. Llevaba su traje negro habitual y unos cuadernos en sus manos. Saludó inclinando la cabeza a la reina que le extendió la mano. Al ver al visitante preguntó sobre la razón de su presencia; a lo que contestó la reina que le había encargado la tarea de tomar nota del contenido de esta lección. Después de lo cual el filósofo se dirigió hacia el visitante inclinando la cabeza a manera de saludo; el visitante respondió de la misma manera.

Después de poner su sombrero en el colgador el filósofo se acercó a su mesa de trabajo dispuesta en una esquina del salón, abrió su cuaderno y le dijo a la reina que, si no tenía ninguna objeción, entraría inmediatamente en materia. Al haber recibido su aprobación Descartes le dijo: “Hoy vamos a hablar de la filosofía primera, es decir, del problema de saber cuáles son los fundamentos de nuestro saber sobre algún cuerpo o fenómeno del mundo exterior. Este problema constituye la materia de toda filosofía desde los tiempos de la antigüedad griega. Cuando examinamos de modo radical esta cuestión, cuando meditamos a fondo sobre el proceso de nuestro conocimiento, nos encontramos con el hecho de que no podemos estar seguros que lo que vemos y percibimos corresponda al estado real o las cualidades de los cuerpos del mundo exterior; es decir, no podemos estar seguros de que las sensaciones e imágenes que nos ofrecen nuestros sentidos como la vista, el oído, el tacto o el olfato

sean verdaderas. Esta falta de seguridad nos la muestra de modo ejemplar la experiencia del sueño: en efecto, puedo soñar, es decir, puedo percibir imágenes sensibles mientras duermo, como que estoy aquí de pie hablándole a su majestad, cuando en realidad podría estar acostado en mi cama. De tal manera que lo que veo en el sueño no corresponde a la realidad, es una visión engañosa del estado físico en que me encuentro. Aunque es justo reconocer que partes o elementos de este sueño, tales como mi cuerpo y mi persona, son reales. Esto significa que la naturaleza corporal, que los cuerpos físicos, que poseen una extensión, una magnitud y un número son más reales o ciertos que los estados en que se encuentran o las propiedades particulares que nos aparecen a los ojos. Pero tampoco este grado de certeza que alcanzamos sobre la realidad mensurable de los cuerpos físicos es completo. Puede ocurrir que el propio Dios me haga cometer errores siempre que trato de medir la extensión de un cuerpo o de realizar alguna operación aritmética, como la suma de  $3+2$ . Quizá sea un error de mi imaginación atribuirle a Dios este poder. Pero en cambio, es más probable que exista un demonio maligno que emplee a fondo todos sus poderes para engañarme. En caso de ser así, todas las cosas que veo no serían más que puras ilusiones falsas sobre el mundo que me rodea”.

Al terminar este razonamiento Descartes guardó silencio unos instantes dirigiendo su mirada a través de la amplia ventana de la habitación que proyectaba el oscuro resplandor de esa madrugada invernal. La reina Cristina, que había estado escuchando atenta, aprovechó esa pausa en la exposición para preguntarle: “Pero señor Descartes, si esto es así, si existe ese demonio que supone, entonces, ¿de qué podemos estar seguros con respecto a nuestros conocimientos? ¿O si, más bien, no existe nada, ninguna percepción sensorial e incluso ninguna idea, de cuya verdad podamos estar seguros?”.

—No, mi respetada señora —replicó Descartes— lo que me he propuesto demostrar a lo largo de mis indagaciones filosóficas es que, en efecto, tenemos la obligación de dudar de la verdad de todas las impresiones sensibles que recibimos del mundo exterior; una obligación que no es caprichosa sino que brota de este hecho que hemos constatado de los permanentes engaños que nos proporcionan nuestros sentidos sobre la realidad. Sin embargo, los actos de sentir, de percibir, de observar, de escuchar, etc., son actos que conforman mi pensamiento; y si bien no me aseguran la verdad de las cosas exteriores me proporcionan la certeza de mi existencia como individuo. Pues de lo único de lo que no puedo dudar es de mi existencia cuando pienso, cuando realizo estos actos, pues al realizarlos adquiero la certeza indubitable de que soy yo el que los realizo; de lo único que no puedo dudar, de lo único que puedo estar totalmente seguro cuando pienso, es de mi existencia real y efectiva como ser que piensa. Esta idea la resumí en la sentencia contenida en mi libro *El discurso del método*, que Ud.

tiene en sus manos, de pienso, luego existo. Ahí escribí hace casi veinte años: “Mientras quería pensar que todo era falso, era preciso necesariamente que yo, que lo pensaba, fuera algo, y observando que esta verdad, *pienso, luego existo*, era tan sólida y tan cierta que todas las más extravagantes suposiciones de los escépticos eran incapaces de derribarla, consideré que podía admitirla sin escrúpulo como primer principio de la filosofía que buscaba”.

–Entonces, interrumpió la reina, si es correcto lo que Ud. afirma, si lo único cierto cuando pensamos, cuando observamos algo de la realidad que nos rodea o cuando la juzgamos, es que nosotros existimos, ¿en dónde se puede apoyar la certeza que tenemos o queremos intensamente tener sobre la existencia de Dios? ¿De dónde podemos obtener la garantía incondicional que nos hace falta sobre su presencia trascendente? Pues creo que alcanzar esta certeza es la necesidad espiritual más importante que tenemos los seres humanos.

Al oír esto el visitante comprendió uno de los motivos profundos que condujeron a la reina unos años después en 1655 a renunciar a la religión luterana que profesaba y abdicar del trono heredado de su padre el famoso rey protestante Gustavo Adolfo II, que había luchado con las armas en la mano y muerto en el propio campo de batalla, para extender el ideario de la reforma a países como Polonia y Holanda. El principio de incertidumbre sobre la salvación eterna que la reforma había introducido, a pesar de todo el peso de la herencia familiar y paterna, le resultaba frágil, problemático y en definitiva inaceptable. Una religión que predicara, como lo hacía el protestantismo, un determinado grado de incertidumbre sobre la salvación eterna, que era la promesa central que Dios había hecho a los seres humanos, introducía indirecta y sutilmente una duda sobre la propia existencia de Dios. De tal manera que el contenido de la nueva religión no satisfacía la gran necesidad de certeza interior en la existencia divina que su yo poderoso y fuerte le demandaba. Pues tal vez conseguir esa certeza era el único sentido de su existencia. Más que tener la certeza sobre la existencia de sí misma como sujeto pensante que Descartes le enseñaba, lo que buscaba la reina Cristina con afán y ahínco era la seguridad, que sus percepciones sensoriales no le ofrecían, de la existencia de ese ser que le ofrecía la salvación.

Descartes tomó la palabra para contestar a la reina diciendo, “Su pregunta es enteramente válida. Yo mismo me la formulé hace algunos años y forma parte de mi libro *Meditaciones metafísicas*. En efecto, como resulta evidente, no podemos tener una certeza sensible de la existencia de Dios; a Él no lo podemos ver con nuestros ojos. Sin embargo, este hecho no refuta de ninguna manera su existencia en razón de que, como ya dijimos, los datos y las imágenes que nos ofrecen nuestras percepciones sensibles son en general falsos o engañosos. Lo importante es que su existencia la podemos probar de modo

racional por medio de nuestro pensamiento, la podemos deducir de modo lógico y necesario de la única premisa o realidad enteramente indubitante que existe, nuestra propia existencia. En efecto, así como al pensar adquiero la certeza plena de mi existencia, el hecho de tener en mi mente las ideas de lo infinito y de la perfección me permite alcanzar la certeza de la existencia de un ser real fuera de mí que las posee o las encarna. Si yo, que soy un ser finito e imperfecto en tanto dudo de la validez de mis percepciones sensibles y me equivoco en mis juicios, en tanto tengo carencias que provocan la aparición de los diferentes deseos que atraviesan mi vida y en tanto me enfermo y muero, puedo sin embargo concebir de modo espontáneo y natural, como en efecto lo hago, las ideas contrarias de infinitud y perfección, es porque corresponden o provienen de un ser que no soy yo, cuya realidad conforman. La respuesta que encontré fue la siguiente: la certeza de nuestra existencia es nuestro pensamiento; pero al mismo tiempo, tenemos la posibilidad de adquirir una certeza sobre las ideas que conforman nuestro pensamiento. Así, como la existencia de nuestro pensamiento nos da la certeza de nuestra existencia individual, existen algunas de ideas en nuestra mente de cuya realidad no podemos dudar. Una de esas ideas esenciales es la de Dios. En efecto, si la examinamos bien nos daremos cuenta que es el nombre que le damos a la perfección, a lo absolutamente perfecto. De tal manera que tenemos que preguntarnos ¿de dónde proviene o nace esa idea de perfección cuando lo que observo en el mundo exterior que me rodea es la existencia contraria de seres y cosas imperfectas? La única respuesta posible es que nace de un ser perfecto, es decir, de la existencia real de un ser que reúne en sí ese atributo supremo. La idea de la perfección me da la certeza de su existencia; al mismo tiempo, esta idea me es dada por esa existencia que trasciende la mía propia.

Pero además, existe una segunda razón que refuerza lo que estoy diciendo: cuando me doy cuenta que soy un ser imperfecto es porque me comparo con la idea de la perfección que personifica Dios. La presencia de esta idea en mi mente me permite conocer y reconocer la naturaleza imperfecta que soy. De ahí que esta idea sea necesaria e imprescindible para conocerme a mí mismo, para conocer mi ser; y, al mismo tiempo, al conocerme como ser imperfecto reconozco la necesidad de la presencia de un ser perfecto que encarne la realidad de lo que no soy, de lo que carezco. Esta necesidad imperativa de mi espíritu es la que manifiesta la necesidad de la existencia real de Dios”.

—Pero señor Descartes, replicó la reina después de meditar un poco, si recuerdo bien la lectura que hice hace algún tiempo del libro de Aristóteles la *Ética a Nicómaco*, el filósofo griego dice que los seres humanos marchamos o nos movemos hacia un estado de “entelequia” que es la perfección. Si esto es así, entonces podríamos pensar que en algún momento de nuestras vidas al-

canzaríamos el estado de perfección, de carencia de limitaciones, que caracteriza a Dios, es decir, nos convertiríamos en seres semejantes o idénticos a Él.

—En efecto, esta es la conclusión lógica de esa premisa que el gran Estagirita pretendió fundamentar en su obra ética. Sin embargo, la perfección es un estado inalcanzable para nuestras vidas aquí en esta tierra debido a que somos parte de una realidad corporal que tiene una naturaleza finita, a que somos seres físicamente mortales. Lo único que podemos lograr, como ya le dije, es pensar la perfección. Y este acto no sólo nos permite contemplar a Dios sino adquirir la certeza de que después de nuestra muerte podríamos adquirir su cualidad suprema. Por eso la idea de Dios que la religión nos ha enseñado proviene de esta capacidad natural o innata que tenemos los humanos de pensar, de representarnos algo real, así no lo percibamos con nuestros sentidos.

Dicho esto Descartes se sentó en la silla de su mesa y guardó silencio; la reina Cristina, después de meditar unos instantes con los ojos puestos en el ventanal principal de la habitación invadido aún por la oscuridad, inclinó la cabeza sobre su cuaderno de notas y se puso a escribir. El visitante hizo lo mismo. Nosotros, por nuestra parte, volvemos sobre los temas de aquella lección y nos decimos: ese argumento, que ya el filósofo medieval Anselmo de Canterbury había expuesto, no es suficiente para demostrar la existencia de Dios. Pues no es posible probar, como bien lo sostuvo casi un siglo y medio después Kant, que del contenido de un concepto general del pensamiento se pueda deducir la existencia real y efectiva de lo que ese concepto indica; del concepto o de la idea que las personas tengan de Dios no se puede concluir de manera forzosa y necesaria la realidad objetiva de su existencia. Sin embargo, no dejaba de ser apasionante contemplar cómo la fuerza de la creencia en Dios unía y ataba al filósofo y a la reina de modo profundo: en Descartes encontraba Cristina al pensador, al hombre sabio, que le proporcionaba las razones y los conocimientos que necesitaba para afianzar su creencia; y en la reina Cristina encontraba tal vez Descartes una persona políticamente poderosa que podría hacer valer y respetar en el mundo social de su época esta idea o representación “racional” de Dios.

De ahí que este encuentro, este diálogo intelectual entre esos dos destacados personajes de la historia europea, hubiera tenido un significado simbólico especial: fue el último intento en la trayectoria histórica de este continente por sellar la alianza entre la filosofía y la política, por lograr que el rey se hiciera filósofo, tal como Platón lo había reclamado en la Antigüedad. Pero fue un intento fallido. La muerte de Descartes días después de esta lección a causa de la neumonía que contrajo por exponerse a los intensos fríos matutinos del invierno en Estocolmo, y la abdicación al trono de Suecia por Cristina y su conversión al catolicismo unos años después, revelaron su imposibilidad defi-

nitiva. Con la formación del mundo moderno que este fracaso contribuyó a cristalizar se ha constatado de modo concluyente que la actividad del filósofo y la del político son de “naturaleza” esencialmente diferente; la del primero, se centra en tratar de comprender, juzgar y criticar el mundo social, político, científico y cultural de su época; y la del segundo, se sitúa en la lucha por alcanzar y ejercer el poder político. Sin embargo, hoy, cada vez que paso frente al palacio real y observo sus ventanales, pienso en esa lección de una mañana de invierno que un visitante dejó narrada para la posteridad y siento que el viejo sueño platónico sigue guardado allí, en la vieja biblioteca de la reina, como el tesoro más valioso. ☞

\* \* \*

